

De nuestros clásicos



La vida atípica de un sociólogo*

A sociologist's atypical life

Lewis Coser

Traducido por Fernando Cubides Cipagauta**

Universidad Nacional de Colombia

Resumen

Este escrito describe la trayectoria del autor como un recorrido sinuoso desde sus orígenes europeos hasta su destino en los Estados Unidos. Enfatizando en los momentos de viraje que llevaron al autor de ser un intelectual radical, antifascista, a convertirse en un miembro reconocido de la comunidad norteamericana de sociólogos. Pretende mostrar las líneas de divergencia, pero también las continuidades en su pensamiento y en sus contribuciones. Este es un ensayo que intenta mostrar hasta qué punto sus presupuestos básicos influyeron en los temas y en las orientaciones de su posterior trabajo como sociólogo. Puede ser leído, entonces, como una contribución a la sociología del conocimiento desde un punto de vista autobiográfico. Delinea las varias etapas de la carrera del autor, e indica en qué medida dichas etapas se reflejan en sus escritos, así como en las orientaciones generales de su obra. Concluye con una mirada panorámica al pasado reciente y al futuro probable del pensamiento sociológico norteamericano.

Palabras clave: funciones, marginalidad, carrera atípica, externos, internos.

Abstract

This paper depicts the career of the author as a complicated from European beginnings to American destinations. It emphasizes crucial turning points that finally led the author from antifascist radical intellectual to established member of the American sociological community. It attempts to show lines of divergence but also lines of continuity in his thought and contributions. This essay attempts to show the extent to which his background influenced the themes and orientations of his sociological work.

The paper may be read as a contribution to the sociology of knowledge from the autobiographical point of view. It stresses the various stages of author's career and attempts to show the extent to which these stages are reflected in his writings and general orientations. The paper closes with a bird's eye view of the recent past and the probable future of American sociological thought.

Keywords: functions, marginality, atypical career, outsiders, insiders.

* Tomado de *Annual Review of Sociology* (1993), vol. 19, pp. 1-15.

** Profesor del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional.

fcubidesc@unal.edu.co

Introducción

A lo largo de mi carrera he sido algo así como alguien externo, profesionalmente, pero, a la vez, he tenido la ventaja de participar en la vida interna del quehacer sociológico. He estado activamente comprometido con nuestra disciplina, aunque, en mis ya largos años como sociólogo, nunca me he identificado plenamente con ninguno de los enfoques que han dominado en nuestro campo de saber.

Los comienzos

Mis comienzos prefigurarían mi trayectoria subsiguiente. Nací en Berlín en 1913 y terminé la secundaria poco antes de que los nazis tomaran el poder en 1933. Durante mis últimos años en Berlín, milité activamente en varios grupos de izquierda, y era un judío. En esas circunstancias, me dije, pronto podría caer en las garras de la policía nazi, o en las de las tropas de asalto (SA). Por tal razón dejé Alemania en los comienzos de 1933 para vivir en París, mientras mis padres, que no se habían involucrado en política, se quedaban, al igual que muchos miembros del estrato superior de la comunidad judía, a la espera de lo que consideraban sería el pronto colapso del régimen de Hitler.

Durante mis primeros años en París, viví, como muchos de mis condiscípulos y camaradas, en forma muy marginal. Mis padres no estaban en capacidad de sostenerme fuera de Alemania, mientras que el gobierno francés no permitía a los exilados obtener empleos regulares en el contraído mercado de trabajo de esos años de la depresión. Así que trabajé en principio, como vendedor, agente viajero de varios mayoristas, y un poco más tarde, tuve la fortuna y el privilegio de trabajar como secretario de un autor y periodista de nacionalidad suiza. Luego, tuve una larga serie de otros empleos, varios de los cuales se han borrado de mi memoria. Sólo después de que el Frente Popular de León Bloom tomó el poder en Francia en 1936, pude obtener un trabajo estable, con la filial francesa de una firma americana de inversiones, hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

En esos años iniciales pude estudiar en la Sorbona, pues la matrícula era gratuita, y la asistencia a clase no era obligatoria, si uno se dejaba ver de cuando en cuando, y aprobaba los exámenes requeridos. En principio, cuando decidí estudiar en la Sorbona, no tenía una idea clara de qué iría a estudiar: después de coquetear un tanto con la Historia Moderna finalmente me decidí por Literatura Comparada, principalmente porque dominaba el francés y el inglés, además de mi alemán materno. Me sentí muy bien en los primeros semestres, tan bien, que no fue para mí una sorpresa que uno de mis profesores, Jean Marie Carré, me preguntara si me proponía hacer una tesis y cuál sería mi tema. Le respondí, muy orondo, que no estaba seguro todavía, pero que querría trabajar en una comparación entre la novela inglesa de la era victoriana, la novelística alemana de la misma época, y la novela francesa de ese mismo período. Esboqué, entonces, una estrategia de investigación que pretendía estudiar

los varios modos en que la estructura social de cada país, influenciaría las pautas de evolución de la novela. El profesor Carré alzó sus manos al cielo, horrorizado, exclamando: “la estructura social, mi amigo, no es un tema de estudio en literatura comparada, es algo que debe estudiar la sociología”. Tomé su consejo y bajo esas circunstancias tan poco usuales es que llegué a ser sociólogo.

La sociología francesa en los años de la entre guerra se había vuelto una empresa algo opaca. En la Sorbona, el campo estaba ocupado por la escuela durkheimiana, y la disciplina era enseñada por personas como Paul Fauconnet, y Célestin Bouglé, discípulos directos de Durkheim, que no se habían desviado ni un ápice de la pauta durkheimiana. Todavía soy capaz de resumir el contenido de éste o aquel capítulo, de, digamos, *El suicidio*, cuando me despierto en la mitad de un sueño profundo. No tengo mayores quejas de ese énfasis durkheimiano, aprendí mucho de mis profesores y de los varios autores durkheimianos cuya lectura se requería. Pero me daba cuenta ya que había una serie de autores alemanes, y de otras partes, que sencillamente eran ignorados. Se rumoraba incluso que un brillante y joven sociólogo, Raymond Aron, se había ido a Alemania a estudiar a fondo la obra de Max Weber. Y supe también que Bouglé había sido estudiante de Simmel en Berlín. Pero Bouglé había optado por no enseñar a Simmel y Aron no era todavía miembro de la Facultad de la Sorbona. Podría haber seguido las conferencias de Marcel Mauss en el Collège de France, cruzando la calle al pie de la Sorbona, pero no me interesaron en particular los aspectos técnicos de la antropología, en los que consistía la enseñanza de Mauss en esos años. Y Hallwachs se integró a la docencia en la Sorbona, justo en los años en los que tuve que reducir el número de horas que le dedicaba a la sociología, por estar vinculado con la firma norteamericana que ya mencioné.

El único gran sociólogo, distinto a Durkheim, que se discutía por fuera del círculo mágico de los durkheimianos, era Karl Marx. No porque los profesores de sociología le prestaran atención, sino porque había grupos marxistas de discusión, muy activos, algunos de ellos dirigidos por miembros del Partido Comunista, otros, por representantes de otras agrupaciones y sectas de izquierda. Yo ya estaba familiarizado con corrientes del pensamiento marxista cuando estaba en Alemania, y ahora me dediqué con gran asiduidad a estudiar los escritos de Marx. La adhesión a Marx me llevó a distanciarme de varios de mis profesores, a los que yo por lo demás tendía a ignorar, dado que enseñaban “sociología burguesa”. Ya en ese vivaz entorno intelectual socialista, nos enzarzábamos en interminables discusiones con mis amigos franceses y alemanes. Mencionaré especialmente a Henry Jacoby, refugiado que había escapado de las prisiones de Hitler, quien llegó a ser mi más cercano compañero en faenas intelectuales en Europa, y luego en los Estados Unidos. Nuestras largas discusiones, a lo largo de varios años, me abrieron los ojos sobre muchas cosas, y sin ellas me hubiese privado de mucho. Él me alejó de una ortodoxia marxista, que habría amenazado con hacer muy rígido

mi pensamiento. Después de todo, cuando llegué en 1941 a los Estados Unidos como refugiado, yo era un marxista no ortodoxo, con una mezcla de pensamiento durkheimiano, y algunas vagas dosis de los científicos sociales alemanes e ingleses que había leído en los años treinta.

La llegada a los Estados Unidos

Al llegar a los Estados Unidos, justo al inicio de la intervención norteamericana en la Segunda Guerra Mundial, trabajé para varias agencias gubernamentales, desde la Oficina de Información hasta el Departamento de Defensa. Hacia el fin de la guerra, me vi obligado a enfocarme en un plan individual para el futuro. Esperaba ganarme la vida como periodista, una especie de Walter Lipmann de izquierda, pero bien pronto me di cuenta que no había muchas oportunidades en esa dirección para un recién llegado a esas lides como yo. Por algún tiempo, junto con mi amigo Travers Clement, editamos una revista izquierdista *Modern Review*, pero pronto la dejé por desacuerdos políticos con quienes la financiaban. También por esa época, comencé a hacer reseñas para periódicos como *The Nation*, *The Progressive* y *Partisan Review*, pero rápidamente se hizo evidente que no era un modo de ganarse la vida.

Rose Laub, con quien me casé poco después de encontrarme, fue la persona que estudió mi “caso” en la Asociación Internacional de Apoyo, cuando fui candidato a una visa especial como refugiado político antifascista. Permítanme anticiparme, y decir aquí que ha sido mi fiel compañera por más de cincuenta años: y ha sido una parte tan íntima de mi vida intelectual y emocional que es para mí imposible distinguir las que han sido mis ideas de las suyas. La nuestra ha sido una colaboración ideal, de mente y sensibilidad común, que nada podría alterar en medio de las alegrías y las tribulaciones de este medio siglo. Después de haber tenido nuestro primer hijo, Rose decidió continuar sus estudios, que había comenzado en la *École Libre des Hautes Études*, una rama de la *New School for Social Research*. Y buscó el consejo de otros jóvenes socialistas de Nueva York, gente como Seymour Martin Lipset y Daniel Bell, que le sugirieron que continuara sus estudios en la Universidad de Columbia. A través de ella conocí entonces al joven Robert King Merton, a quien ella admiraba mucho, y a Robert Lynd, quien no era intelectualmente estimulante, pero proporcionaba un apoyo muy valioso. Con esos apoyos y estímulos aplicó y fue aceptada en la Universidad. Y puesto que yo estaba, como casi siempre, dispuesto a seguir su consejo, decidí en 1948 ingresar también como estudiante graduado a Columbia.

En la primavera de ese mismo año, recibí una llamada de Nathan Glazer, otro miembro de los círculos radicales de Nueva York, preguntándome si quería conocer a David Riesman. En verdad nunca había oído hablar mucho de él, pero supe de inmediato que era un joven y brillante abogado, asistente del juez Brandeis, que hasta hacía poco había sido docente en la Facultad de Leyes de Buffalo. Recientemente, además,

Riesman había decidido abandonar el Derecho, y hacer una carrera en Sociología, vinculándose en seguida al grupo directivo de la Facultad de Ciencia Social de la Universidad de Chicago. Estaba en Nueva York, reclutando personas que se unieran a ese mismo equipo. Mostré mucho interés en ello, y me complació mucho que después de un par de horas de intensa conversación con Riesman me preguntara si yo estaba en condiciones de enseñar en la Universidad de Chicago. Cuando le pregunté qué materias enseñaría me dijo: Historia de los Estados Unidos. Casi no podía creerlo: por qué diablos una universidad del “Salvaje Oeste”, podría contratar a alguien proveniente de Berlín y de París para enseñar historia norteamericana a quienes yo entonces veía como granjeros y cultivadores de maíz esparcidos en la ancha franja del Medio Oeste (yo no sabía por ejemplo que una alta proporción de estudiantes de pregrado de la Universidad de Chicago, de hecho provenían del este y, específicamente, de Nueva York). Le agradecí a Riesman, pero le dije que no estaba en condiciones de enseñar Historia de los Estados Unidos. Para mi mayor sorpresa, una o dos semanas después de esto, me llamó el decano para asignarme una cita, le dije, sin embargo, que había declinado la oferta de enseñar historia estadounidense. “Muy bien”, me dijo, “simplemente asignaremos un joven sociólogo a la sección de historia, de modo que usted pueda enseñar en el campo de la ciencia social o de la sociología”. Así fue como llegué de modo accidental a estudiar sociología en Francia, accidentalmente obtuve mi primera plaza como profesor de sociología.

Los comienzos en Sociología

Mis años de Chicago fueron muy excitantes. Mientras que en Francia había padecido por lo estrecho del campo de las ciencias sociales en una Universidad como la Sorbona, ahora me hallaba expuesto a una amplia variedad de estímulos intelectuales en una Facultad como la de Chicago. Mis colegas allí tenían intereses variados y carreras diferentes. La mayoría eran sociólogos, pero también había historiadores, e incluso un joven poeta. Pero no sólo eran variadas las trayectorias de mis colegas, sino que también las materias que debíamos enseñar eran muy eclécticas. Podíamos dar un curso sobre la *Ética protestante* de Max Weber o *La división del trabajo* de Durkheim, pero también uno sobre la obra de Magaret Mead. Podíamos ocuparnos de enfoques históricos, así como de la antropología estructural; sobre el *Dilema norteamericano*, de Gunnar Myrdal, o el *Malestar en la Cultura*, de Freud. Y más gratificante y más excitante todavía, hacíamos reuniones semanales en las que la totalidad de los colegas participaba, presentando y sustentando sus enfoques sobre los cursos que dictarían en el siguiente semestre. No estoy seguro de que durante mis primeros años de estudiante me hubiese aprovechado mucho de mis clases y de los grupos de discusión de los que hice parte, pero en cambio sí estoy seguro de lo mucho que aprendí durante los dos breves años que enseñé en Chicago.

Sin embargo, dejé la Universidad de Chicago después de dos años de enseñanza, para dedicarme todo un año al estudio intenso en varias de las ramas de enseñanza que ofrecía la Universidad de Columbia para estudiantes graduados. Por esa época el Departamento estaba ampliamente dominado —aunque no de modo excluyente— por un grupo de jóvenes profesores que se veían a sí mismos como la vanguardia del desarrollo de la disciplina, y se reclamaban como pertenecientes a un enfoque del todo novedoso, bajo la etiqueta de estructural-funcionalismo. Robert King Merton, Bernard Barber y Kingsley Davis habían estudiado con Talcott Parsons en Harvard. Otros miembros de la Facultad como Paul Lazarsfeld y Robert Lynd, aun cuando no se definían como estructural-funcionalistas, tenían una actitud favorable hacia ese enfoque. Y con estudiantes graduados como Suzanne Keller y Hanan Selvin, seguimos entonces los pasos de gente como Philip Selznik, Alvin Gouldner, Marty Lipset, Peter Blau, Zena Blau, Pete Rossi, Alice Rossi y Rose Laub Coser. No todos ellos eran estructural-funcionalistas de manera ortodoxa, pero todos estaban marcados por la impronta de Robert Merton y de sus colegas.

Lo que me atraía fuertemente de Columbia era la sensación de trabajar en las fronteras de la sociología, de estar poniendo los cimientos de lo que muy seguramente iría a ser la más excitante tendencia de las ciencias sociales en el futuro. Tras el formalismo de la enseñanza de la Sorbona, y de lo que ya me iba pareciendo el excesivo eclecticismo de la Facultad de Chicago, Columbia resultaba ser para mí un enfoque más productivo.

Y fue así como ese marxista y durkheimiano sociólogo de los comienzos, se vio a sí mismo como alguien de la escuela estructural-funcionalista. Aunque yo fuese mayor que la mayoría de mis condiscípulos, me sentía como un joven al que se le ofreciese un cuerno de la abundancia, de cuya existencia no había sabido antes. Y eran por cierto los años en los que la mayor parte de mis docentes habían alcanzado el punto más alto de su productividad; aquellos en que se acababan de publicar los brillantes ensayos de Merton, en que acababan de salir a la luz textos como *Human Society* de Kingsley Davis, y en los que Parsons se hallaba en el apogeo de su poder y de su influencia. Y como he dicho, aunque otros profesores de Columbia no eran propiamente estructural-funcionalistas, tenían hacia ese enfoque una mirada receptiva y benevolente. En cuanto a mí, estaba feliz respirando la atmósfera que existía en Columbia a fines de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta.

Y me inclinaba por identificarme con la escuela del estructural-funcionalismo. Aunque tenía más reservas para llegar a adherirme plenamente al funcionalismo tradicional. En ese sentido, Columbia era un sitio especial, en el que el funcionalismo tradicional de Malinowski y Parsons, bajo el liderazgo de Robert K. Merton, se hallaba sometido a una mirada crítica. Y bien pronto me sentí de nuevo como un hereje en el ámbito de una iglesia. Primero que todo en la obra de Parsons, y en un cierto grado en la de varios de sus estudiantes, uno podía percibir una fuerte desviación hacia la armonía social, las normas, el equilibrio estable

y los marcos habituales de la acción social. Y todo ello era muy poco persuasivo como enfoque para alguien que había presenciado el ascenso del fascismo en Europa, el arrasamiento que significó la Segunda Guerra Mundial, el terror stalinista y la violencia criminal ejercida en la URSS. El mundo de Hiroshima y Auschwitz difícilmente parecía el mundo del que se ocupaban los benevolentes liberales que eran Parsons, y varios de sus discípulos de la primera y segunda generación. ¿En dónde estaban en sus escritos los horrores de inhumanidad del mundo que yo acaba de vivir? Tal vez por ello, la disertación que escribí bajo la guía de Merton, que fue publicada enseguida como mi primer libro con el título *Las funciones del conflicto social*¹ constituyó un intento de hacer del conflicto social el objeto de un modo de análisis funcional. Procuré unir la exploración de un tema que por mucho tiempo había sido objeto de un tabú —el conflicto social— con las tensiones propias del análisis funcional. En otras palabras, lo que hice fue tratar de abordar de modo simultáneo las causas y consecuencias del conflicto social, y una exploración de sus funciones dentro de estructuras teóricas e históricas específicas.

Como he dicho, la disertación la escribí bajo la orientación de Merton, y pienso que se pueden hallar huellas de su pensamiento en casi cada una de sus páginas. Pero también tenía la profunda influencia del enfoque sociológico de Georg Simmel. Yo había leído algunos de los escritos sociológicos de Simmel durante mi estancia en París, y debo confesar que entonces no me impresionaron mucho. La herencia marxista me había hecho un tanto inmune al enfoque formal de Simmel en la sociología. Pero ya en Columbia, al preparar mi disertación doctoral, volví a leer a Simmel y encontré en él a uno de los sociólogos más fascinantes que hubiera conocido. Quedé tan impresionado por él que de hecho le propuse a Merton hacer de la obra de Simmel el tema de mi disertación, pero Merton no me estimuló en esa dirección. Pensaba que principiantes como yo debían dedicarse a temas menos ambiciosos y trabajar en problemas mejor delimitados. Desalentado, al regresar a casa luego de una larga conversación con Merton, me iba preparando mentalmente para abordar un tema muy diferente, cuando eché una nueva mirada a la *Soziologie* de Simmel (la mayoría de cuyos ensayos no habían sido traducidos al inglés todavía). Volví a leer el capítulo sobre el conflicto, “*Der Streit*”, y súbitamente resolví que bien podría dedicar la mayor parte de mi disertación a los aspectos conflictivos, más que a los aspectos armónicos de la realidad social. No puedo decir que desde ese momento tuviera ya resuelto el problema de la estructura de mi disertación, pero sí recuerdo vívidamente estar sentado en mi estudio cuando tuve la intuición de lo que sería el núcleo de mi disertación y del libro que de allí saldría. Ambos desde luego con una influencia preponderante de Merton, y teniendo como eje la obra de Simmel.

1. En español, publicada por primera vez por el Fondo de Cultura Económica, con el título *Las funciones del conflicto social*. México D. F., 1961.

Tal vez no sea este el lugar para profundizar en dicho trabajo. Pero sí debo decir que la disertación y el libro publicado a partir de ella fueron mi primer gran intento de ligar el análisis funcional y el enfoque simmeliano.

Otras influencias intelectuales

La obra de Talcott Parsons tiene un lugar importante en mi desarrollo intelectual. Siempre tuve un inmenso respeto por él y no me simpatizaban aquellos de sus críticos que pretendían presentarlo como un reaccionario, simple servidor de la elite norteamericana del poder. Como pensador social, él era desde luego muy consistente con las ideas del New Deal, con el tipo de pensamiento social que prevaleció en esa época. En muchas ocasiones sentí, en verdad, que dado lo divergente de nuestros presupuestos e historias personales, teníamos opiniones disímiles, pero siempre tuve un gran respeto por su obra en conjunto, sobre todo por su gran libro *La Estructura de la Acción Social*. Alguna vez le dije al propio Parsons que muchas veces me hallé en un campo ideológico diferente al suyo, pero que respecto de él y de su obra, yo me hallaba en esa posición que los británicos llaman la “Leal oposición de Su Majestad”. En otras palabras, en una oposición que rehusando varias de las premisas de un conjunto de orientaciones, considera, sin embargo, que hay presupuestos comunes entre contendores en la arena social y política. Parsons sonrió cuando le dije eso, y me aventuro a pensar que estuvo muy de acuerdo con dicha apreciación. Alguna vez estuve todo un verano leyendo y releendo exclusivamente *La Estructura de la acción social*, y nunca lo he lamentado. Caigo en cuenta ahora de que mi primera publicación académica en los Estados Unidos fue una revisión crítica de los *Ensayos* de Parsons. Y mantengo inalterable mi opinión que Parsons y Merton son los dos sociólogos norteamericanos más importantes en el siglo xx. Y sólo Erving Goffmann podría equiparárseles.

Aún así, percibo una gran distancia entre el modo como Parsons enfoca las ciencias sociales y mi propia manera de abordarlas. Algo de ello tal vez obedezca a lo distinto de los medios de los que provienen nuestras raíces. Parece obvio que quien provenga de un medio muy tranquilo, del hogar del presidente de un *College* en una pequeña ciudad del Medio Oeste norteamericano, tienda a tener una visión ideológica y política distinta de su país y de la estructura social que le es propia de la que pueda tener alguien que haya crecido en medio de la turbulenta República de Weimar, y en medio de las tensiones de una cultura que se estaba derrumbando a ojos vistas. Difícilmente dos personas así pueden tener la misma visión del mundo, pienso yo. En años subsiguientes, cuando enseñé en Brandeis, y viví en un suburbio de Boston, llegué a tratar y a conocer relativamente bien a Parsons, aun cuando nunca fui de sus íntimos. Mi respeto por él y por su obra se mantiene inalterado.

Trabajé directamente bajo la influencia de Merton y tuve una cercanía y un compañerismo con él, que nunca pude tener con Parsons, claro está. Puede decirse que eso dependió de que estudiara en Columbia y

no en Harvard, pero pienso que esa no fue la razón clave. Sino que me sentí mucho más cercano de un profesor que había crecido en medio de adversidades y tribulaciones hasta cierto punto similares a las mías. Y, sobre todo, lo que me sedujo, esa es la expresión adecuada, fue el estilo intelectual de Merton. Compartí con él la idea de que la tarea de la sociología, que se desarrollaba de manera creciente en varios de los centros intelectuales de los Estados Unidos, debería circunscribirse a las teorías de rango medio, antes que a perseguir la quimera de una gran estructura que resultara inaplicable a la generación de jóvenes sociólogos que había venido después de la primera generación de sociólogos estructural-funcionalistas.

No dispongo de espacio para referirme a todos los profesores que tuve en Columbia, y que pudieron influenciarme por entonces. Permítanme mencionar que estuve muy próximo, ideológicamente, a C. Wright Mills, con quien tuve una gran camaradería, a pesar de que no fui muy influenciado por él en cuanto a enfoque sociológico. El único profesor que pudo haberme influenciado de manera similar a Merton fue Kingsley Davis, otro joven analista del estructural funcionalismo. Aunque no fui intelectualmente tan cercano a él como a Merton, pienso que mi deuda con él es considerable.

Obtuve mi grado en Columbia en 1954, y el libro basado en mi disertación doctoral, *The Functions of Social Conflict*, salió a la luz dos años después. Puede ser de interés que me refiera aquí al destino que ha tenido ese libro. Desde el momento que fue publicado, contó con una buena acogida. Recuerdo sólo una reseña negativa, y fue hecha por una persona que se especializaba en reseñas malintencionadas. Aun así, en principio, aunque bien recibido, el libro no produjo mucho ruido en los años cincuenta. Según recuerdo se vendieron entonces unos 5.000 ejemplares por entonces. Pero en los años sesenta las cosas cambiaron dramáticamente. El movimiento por los derechos civiles, el movimiento estudiantil, así como múltiples conflictos que emergían y se estaban manifestando, marcaron esos años y, naturalmente, llevaron a los jóvenes y a los activistas a preguntarse qué podía decir la sociología acerca de los conflictos; qué del trabajo de los sociólogos podría ayudar a hacer comprensible una escena social que difícilmente parecía comprensible a la luz de las categorías del estructural funcionalismo ya clásico, como también de cualquiera otro sistema sociológico. A decir verdad, al respecto Marx y Weber daban algunas pistas, pero ¿podrían los sociólogos contemporáneos contribuir a su esclarecimiento?

La obra de C. Wright Mills se leía mucho en esos años, pero Mills había muerto en 1962. De hecho había, o por lo menos así lo parecía, para tantos sociólogos en formación como existían entonces, tan sólo tres libros que analizaban el conflicto social sin considerarlo una patología social o un elemento disfuncional o destructivo. Y eran respectivamente: el libro de Ralf Dahrendorf, *Class and Class Conflict in Industrial Society*; el de Max Gluckmann, *Custom and Conflict in Africa*, y mi libro. No supe

acerca de cómo se vendieran los otros dos, pero súbitamente mi libro se convirtió en *bestseller*, y en el libro obligado en los Departamentos de Sociología y afines, aquí y en el exterior. Fue traducido de inmediato a siete idiomas, se convirtió en lectura necesaria para estudiantes de postgrado, y pronto llegó a ser el tipo de lectura que todo joven sociólogo, o aspirante a serlo, debería hacer. Cuento lo anterior, sobre todo para sacar de ello una lección más general: el éxito de un libro, o la falta de él, no tiene que ver principalmente con su contenido, sino que está ampliamente determinado por el modo en que encuentre una audiencia y por el momento en que lo haga.

Publiqué otro libro sobre la sociología del conflicto, *Continuities in the Study of Social Conflict* en el que, en parte, me propongo avanzar en aquello de que me ocupé en el primero, una década después. Este segundo libro, aun cuando fue bien recibido, y le fue bien, nunca se aproximó a la acogida del primero, y pienso yo que se debió, en parte, a que pretendía ser complemento del primero, y en parte a que la escena social había cambiado hacia lo que podríamos considerar “normalidad”. De cualquier modo, yo mismo ya me estaba sintiendo saturado con el estudio del conflicto. Sentí que ya había tenido mi cuarto de hora y no quería ser conocido como *Conflict Coser*, como algunos comenzaban a llamarme. Me reorienté entonces, y fui produciendo varios libros, en la exploración sociológica del mundo de las ideas. Mi libro *Men of Ideas* discute la relación de los intelectuales con varios tipos de referentes institucionales, *Greedy Institutions* es un estudio acerca de instituciones que “devoran” a sus miembros y, aunque muy bien recibido, no tuvo un impacto comparable a *Functions of Social Conflict*, y pienso yo que, en gran medida, porque no tenía un vínculo directo, explícito, con lo que estaba pasando en la escena social y política.

La política y el macartismo

Más que describir o referirme a otros libros o escritos míos, o en coautoría, quiero cambiar de tercio, y hablar de otro aspecto de mis escritos, que, al menos a primera vista, guarda poca relación con mi trabajo como sociólogo. Como expliqué antes, llegué a ser un socialista democrático ya en mis años de adolescencia, y nunca he dejado de serlo del todo. Conservo buena parte de mi herencia marxista, aunque tal vez haya perdido ya mucho del optimismo de mis años juveniles, en los que llegué a creer que el advenimiento del reino del socialismo estaba a la vuelta de la esquina. Nunca abandoné, eso sí, mi convicción de que un cierto ideal socialista, una forma de utopía social, debe animar nuestra preocupación acerca del futuro de la humanidad, si es que no queremos ver el mundo totalmente regimentado y burocratizado, inmerso en una jaula de hierro. Y sigo creyendo (aun cuando eso sea muy impopular actualmente) que una sociedad democrática más justa e igualitaria debe ser una prioridad en la agenda del pensamiento social contemporáneo, pese a todas las evidencias recientes en sentido contrario.

Siendo ese el caso, tan pronto llegué a los Estados Unidos, me pregunté a mí mismo de qué forma un socialista podría difundir sus ideas, así sólo fuera por canales relativamente opacos. Escribí múltiples ensayos y reseñas para publicaciones como *New Republic*, *The Nation*, *Partisan Review*, *Politics* y *Commentary* —que, por cierto, no era para entonces el órgano de los neoconservadores—. Por entonces Dwight MacDonald, un soberbio editor y escritor radical que publicaba la revista *Politics* durante los años de la guerra y por algunos años más, me hizo aprender muchas de las destrezas que poseo como escritor. Todos esos escritos parecen muy distintos de mis escritos sociológicos, o al menos eso dicen los críticos. Y de buen grado admito que tal vez haya diferencias estilísticas y terminológicas en la medida en que me dirijo a dos tipos de audiencias. Pero a la vez sostengo que en todos mis escritos hay temas y preocupaciones comunes, y que no difieren tanto, en cuanto a que hay en todos ellos unos postulados básicos sobre la escena social, por mucho que puedan aparecer contrastantes a los ojos de un lector casual. Y he ahí porqué durante muchos años pude desempeñar dos tipos de roles —el del sociólogo “desinteresado” y “neutralmente valorativo”, y el del comentarista de izquierda radical—, sin experimentar ninguna dificultad al combinar tales actividades. Pero las cosas cambiaron radical y rápidamente con la llegada del macartismo a la escena pública.

En aquellos duros años la influencia de McCarthy cobijó buena parte de la vida norteamericana, ya fuera en la academia o en el debate público en general. En la academia en particular, la ola macartista de persecución a los “rojos” o a lo que se les pareciera, llevó a que muchos académicos perdieran su puesto, pero lo que resultó más impactante y grave, es que llevó a muchos más a silenciarse o a adoptar un lenguaje de fábula, artificioso y pseudometafórico con el fin de escapar a los ataques macartistas. Para decirlo con otras palabras, el impacto de la censura que ejercieron los demagogos y las autoridades políticas finalmente no causó tanto daño a la libertad intelectual como la autocensura que practicaron los pusilánimes. Tal como estaban las cosas por aquella época, así como muchos de mis amigos, encontré más y más dificultades para escribir sobre los temas controversiales, ya fuera para publicaciones liberales o de centro-izquierda.

Dissent

Una tarde, sentado en uno de los salones de profesores de la Universidad de Brandeis donde ambos enseñábamos, mi amigo Irving Howe y yo comentábamos lo insatisfechos que estábamos con el mal giro que tomaban las cosas. Uno de los dos lanzó la idea de que si las actuales publicaciones no publicaban nuestras contribuciones tal vez podíamos fundar nuestra propia revista. Al rato se me ocurrió sugerir *Dissent* (Disenso) como el título para nuestra nueva aventura.

Y resolvimos llamar a un amplio número de amigos y conocidos para saber hasta qué punto podrían apoyar una revista así, ya fuera con

dinero, o con ideas y artículos u otras contribuciones. Para sorpresa nuestra algo así como cincuenta personas se reunieron en Nueva York para apoyar ese propósito y nos animaron a seguir adelante. Así que el primer número de nuestra revista salió en 1954. Al comenzar, Howe y yo pensábamos que la revista estaba destinada a tener una vida corta, de uno a tres años como mucho. Y de nuevo para nuestra sorpresa, ha continuado siendo publicada, sumando ya más de cuarenta años. Como revista se ha beneficiado con las contribuciones de muchos sociólogos, pero no es una publicación sociológica.

Y sentí por esos años que mientras era deseable separar los escritos en ciencias sociales, de los de opinión, no había razón para que una misma persona no pudiera desempeñar ambos roles, y desempeñarlos bien. Por lo menos en lo que a mí respecta, lo he intentado siempre. Ha habido ocasiones desde luego, en las que el sociólogo entra en conflicto con el socialista, pero a lo largo de mi trayectoria han sido en verdad muy pocos.

De lejos *Dissent* se ha convertido en un vocero muy respetado de la izquierda, y me siento orgulloso de decir que he entrevistado a muchos científicos sociales, de muchas orientaciones, que me dicen que esa mezcla de radicalismo de izquierda y de ciencia social es una combinación muy sólida. Con todo, y por todo, *Dissent* ha continuado siendo para mí fuente de alegrías y de satisfacciones. Mi amistad con Irving Howe, y nuestra estrecha colaboración en la revista que fundamos, ha representado para mí mucho de lo mejor que pueda sentir y pensar acerca de los Estados Unidos. Y hoy por hoy miro con igual complacencia las amarillas páginas de *Dissent* y, digamos, la *American Journal of Sociology*, las cuales, ambas, tienen contribuciones más.

Dissent publica 10.000 ejemplares de cada número y es cuatrimestral. Es desde, luego, una publicación de circulación reducida si se la compara con las publicaciones masivas, pero sin duda tiene muchos más lectores en bibliotecas y centros de documentación. En los últimos años no he escrito en *Dissent* con la frecuencia que lo hacía antes. En parte porque ya no voy tanto a Nueva York, en donde se hallan Irving Howe, Michael Walter y los jóvenes editores que se han ido integrando al equipo, pero también porque pienso que a estas alturas mis escritos para las audiencias sociológicas tienen un impacto más amplio que mis artículos políticos. Pero el que haya descendido mi producción para *Dissent* no significa que haya disminuido mi interés en ella.

Una visión panorámica

Durante los últimos cuarenta años, más o menos, he sido muy activo en la comunidad sociológica norteamericana. He sido presidente de la *Eastern Sociological Association*, de la *American Sociological Association*, y, por más de diez años, miembro del Comité Ejecutivo, así como del Consejo, de la *American Sociological Association*. También he sido miembro activo y presidente de la *Society for the Study of Social Problems*. Este cúmulo de cargos electivos y honoríficos, tal vez se deba al hecho de que

nunca he estado encuadrado estrictamente en ninguna escuela, y por así decirlo me he sustraído a ese tipo de contiendas.

Las razones para la acelerada declinación del ascendiente que tuvo la tendencia funcionalista en los años sesenta, y un poco más, no ha sido dilucidada todavía. Pero una de las razones fácilmente admitidas por jóvenes neofuncionalistas como Jeffrey Alexander ha sido la falla de Parsons y sus discípulos en abarcar, y llevar a un nivel teórico, la importancia central del conflicto en los asuntos humanos. Siendo ese el caso, me ahorraré muchas de las “flechas envenenadas” que le dirigieron sus críticos al funcionalismo en general por haber subvalorado el conflicto social. Aún así, ocasionalmente se me ataca por haber escrito un libro acerca de las *funciones* del conflicto social. Pero, en general, obtengo cierta medida de gracia pues ese mismo libro es acerca de las funciones del *conflicto* social.

Como saben los lectores de estas páginas, los últimos veinte años, más o menos, han sido especialmente turbulentos, se han caracterizado por muchas tensiones y disensiones en las filas de los sociólogos norteamericanos: el dominio del estructural funcionalismo hace rato llegó a su fin. Pero sin que ninguna otra tendencia teórica lo haya reemplazado, de tal modo que podemos comparar la situación de la sociología norteamericana como la de una “Torre de Babel”. Nos encontramos con que hay gran cantidad de tendencias dentro de la disciplina y que muchos de los voceros representativos de algunas de ellas son incapaces de entenderse entre sí, o entender el lenguaje en el que hablan sus oponentes. Dado el grado de incomprensión de que hacen gala muchos de los teóricos a la hora de entender o evaluar aquello que hacen sus antagonistas, buena parte de lo que ahora pasa como discurso teórico, a mi juicio está expresado en un lenguaje a tal punto esotérico que sólo puede ser entendido por los miembros de la secta. Y resulta por lo tanto inútil quejarse acerca de lo sectario de muchas de las tendencias, cuando nuestros propios productos intelectuales tienen un carácter sectario a los ojos de varios de nuestros antagonistas.

Lo que se necesita hoy por hoy, entonces, no sólo es un alto grado de tolerancia hacia el eclecticismo que impera en las discusiones de la sociología, sino, sobre todo, para emplear una expresión de Robert Merton, un eclecticismo disciplinado. A mi juicio, es claro que estamos atravesando una crisis en la sociología norteamericana. Y nos sentimos tan inseguros para avizorar un futuro, que, por primera vez desde los tiempos de Herbert Spencer o de Auguste Comte, estamos dispuestos a aceptar de buen grado que el producto foráneo es mejor que lo hecho en casa. Con todo, y habida cuenta de mis presupuestos básicos que he querido delinear antes, me alegra que la “Era de la Teorización Nativa” haya quedado atrás, y que ahora estemos dispuestos a aprender de Jürgen Habermas, Anthony Giddens, Pierre Bourdieu y varios más, si bien no hasta el punto de caer en esa especie de esnobismo que consiste en postular que todo lo que viene de fuera es necesariamente superior a lo que se produzca aquí.

Hace algunos años escribí un libro titulado *Refugee Scholars in America* en el que intenté sopesar las contribuciones de los inmigrantes y refugiados a las varias disciplinas académicas norteamericanas. Llegué a la conclusión de que tales aportes variaban mucho de una disciplina a otra, pero que habían tenido un inmenso impacto en el conjunto de la vida cultural norteamericana. No sería descabellado comparar la notoria influencia actual de autores extranjeros con el impacto que tuvieron refugiados e inmigrantes en las décadas de los treinta y los cuarenta. En ambos casos, los pensadores europeos han ejercido una influencia considerable en varias de las ramas de las ciencias sociales, pero sus contribuciones llegan a ser duraderas sólo si se asimilan y llegan a hacer parte del trabajo autóctono.

Creo que merece un comentario especial, el ascendiente que ha tenido el pensamiento marxista en los Estados Unidos. Cuando uno piensa en un pasado no muy lejano en el que el marxismo era todavía un tabú en casi toda la sociología norteamericana, no puede menos que complacerse al ver en qué manera el marxismo no sólo se ha infiltrado, sino que ha sido absorbido por el pensamiento social norteamericano. Hemos ganado mucho al abandonar aquella nefasta actitud de no querer saber nada del marxismo, y del tiempo en el que el marxismo llegó a ser perseguido. Y hemos presenciado en los últimos veinte años un verdadero florecimiento del marxismo, que en verdad tiene mucho de sorprendente. Aunque hay algo curioso en ese renacimiento del marxismo en los Estados Unidos. Mientras que las enseñanzas de Marx postulan el vínculo indisoluble entre el pensamiento y la acción, el tipo de marxismo que predomina en la vida universitaria norteamericana es en verdad muy académico. Así los escritos de los jóvenes marxistas norteamericanos pretenden insertarse en la vida académica más que producir efectos en la propia acción social. En muchos casos, a mi juicio, dichos marxistas en busca de una posición académica, de un cargo, son personas muy inauténticas. La idea marxista, clave, de una conciencia falsa, tiene pues una aplicación en un medio cultural, la vida académica norteamericana, que ni el propio Marx seguramente hubiese soñado.

Y tal pareciera, que mucho, no todo, de la investigación hecha por jóvenes marxistas en los Estados Unidos, se ubica en el olvidado campo de la sociología histórica. Adicionalmente, una cifra importante de enfoques históricos en la sociología contemporánea se ha hecho a la luz de Max Weber. Todo ello es un desarrollo positivo. La suspicacia mutua y la incompreensión, que durante mucho tiempo afectaron el intercambio entre historia y sociología, son un asunto del pasado. Los historiadores ahora leen y discuten, e incorporan en sus investigaciones, el trabajo de sociólogos como Immanuel Wallerstein, Theda Skocpol y Barrington Moore.

El estatus de la teoría en Sociología

Permítanme adelantar unas cuantas ideas acerca del eterno debate acerca del *status* del pensamiento teórico en nuestra disciplina. Con demasiada frecuencia en el pasado, la teoría y la investigación empírica han ido cada una por su lado en el quehacer de la sociología. Los investigadores empíricos suelen, de modo ritual, como si fuera un gesto de cortesía, citar algunas proposiciones teóricas en sus párrafos iniciales, para luego desarrollar con mayor desenvoltura todos sus referentes empíricos hasta el detalle, sin volver a mencionar las proposiciones teóricas. Y, por otro lado, muchos teóricos tienden a mirar las proposiciones teóricas como si tuviesen valor en sí mismas y, por lo tanto, no se sienten impelidos a validarlas en la investigación, en lo que a mi juicio debe ser la dinámica entre teoría e investigación. Creo que ambas posturas son perniciosas y van en detrimento del desarrollo futuro de la disciplina. Debo enfatizar aquí, en tono de sermón si quieren ustedes, que lo que considero saludable para la disciplina es una relación constante, recíproca, entre teoría e investigación.

Cuando usted tiene un daño en su cocina o en su cuarto de baño, que no puede arreglar por sí mismo, llama, claro, a un plomero. Cuando llega, suele traer consigo un conjunto muy variado de herramientas, que espera le sirvan para arreglar el daño. ¿Por qué procede así, si al cabo termina usando apenas una o dos? Si le pregunta, lo más probable es que le responda que tenía que hacerlo, pues de antemano no podía saber en qué consistía la avería. Lleva consigo, entonces, un conjunto tan variado de herramientas porque en principio ignora el carácter de su problema. Y una vez que lo identifica, sabe escoger las herramientas apropiadas.

Pienso entonces que el sociólogo debe manejar los problemas de la relación entre teoría e investigación aproximadamente de la misma manera que el plomero. Puede hallarse en tal o cual ocasión condiciones de ser capaz de desarrollar una herramienta teórica, sin preocuparse del momento de su aplicación; pero a largo plazo tal herramienta tiene valor sólo si es aplicada en el proceso mismo de investigación. Esta dialéctica entre herramientas y problemas de investigación es, o debería ser, la esencia del quehacer del sociólogo.

Un ejemplo más se podría hallar en el conjunto de las contribuciones de Émile Durkheim. Uno debe reconocer que si sólo hubiese escrito *Las reglas del método sociológico* no ocuparía ningún lugar importante entre nuestros clásicos. Y lo ocupa en gran medida, pues nos mostró los usos y aplicaciones de su trabajo teórico y metodológico en contribuciones como *El suicidio* y *Las formas elementales de la vida religiosa*, y es por ello que seguimos considerándolo uno de los más importantes de nuestros clásicos.

Y aun cuando fueron publicados ya hace mucho, los ensayos de Merton acerca de la relación entre teoría e investigación parecen tan pertinentes hoy como en el pasado. Lo que Merton sostiene al respecto, y en parte contra las posiciones de Parsons, es que nuestra mayor preocupación ha

de ser desarrollar teorías adecuadas a un campo delimitado de fenómenos, y que una tarea así resulta pospuesta si centramos la atención en la gran teoría. Lo que tenía en mente, desde luego, era que teorías generales y omnicomprendivas se hallaban tan alejadas de un campo concreto de investigación, que, por ende, no había maneras de aplicarlas en las tareas relativamente delimitadas del momento. Sostenía entonces que la relación entre teoría e investigación no podía ser vista como una relación en una dirección única. No basta pues con aplicar una teoría general a una investigación particular, tiene que admitirse que las aplicaciones iniciales de la teoría a un momento de la investigación llevan a volver atrás para reformular más adecuadamente el problema particular que tenemos entre manos. En otras palabras, la relación entre teoría y la cuestión a ser explicada nunca es una relación en una sola vía, sino que siempre envuelve una interacción dialéctica entre el objeto que está siendo investigado y uno o más enfoques teóricos.

Conclusión

Comparados con los buenos años de las décadas de los cuarenta y los cincuenta, la sociología norteamericana pasa actualmente por una serie de años que conforman todo un período de vacas flacas, pero no se necesita ser un devoto de la dialéctica para predecir que tarde o temprano volverán los años de vacas gordas. No tenemos manera de saber exactamente cuándo vendrán; pero en cuanto a mí, estoy seguro de que estaremos de nuevo en una etapa del quehacer sociológico en el que las altas esperanzas de hace varias décadas retornarán. Difícilmente puede predecir uno el futuro de la sociología con alguna precisión, pero sí expresar la convicción de que la ciencia social sin la sociología vendría siendo un campo muy disminuido del esfuerzo humano.